

# MONTERREY PREINDUSTRIAL

*Agustín BASAVE,  
Universidad de Guadalajara*

MONTERREY puede ser observada y juzgada con simpatía y, también, con ánimo adverso, con la intención de encontrar en ella aspectos criticables; pero de buena fe, no puede negarse que sus habitantes tienen espíritu de empresa y de organización, así como un perseverante hábito de trabajo. Sólo así se explica la prosperidad de la ciudad, en medio de una zona pobre, sin agricultura importante, sin minería digna de tomarse en cuenta, y con un comercio combatido por el vecino americano. No obstante estas desventajas, Monterrey se ha levantado en lo que va del siglo, de una pobre capital provinciana con reminiscencias pueblerinas, a una metrópoli industrial de primer orden en el coro de las ciudades hispano-americanas.

No fueron hombres de condición blanda los que primeramente poblaron la región neolonesa. Sin el atractivo de la aventura, no habrían dejado sus hogares quienes vinieron en pos de oro y plata a esta bravía comarca. Su pobreza y el monótono sosiego de la vida peninsular, sólo eran buenos para retener a los débiles. Al principio, la selección biológica se verificó en Castilla, Andalucía, Extremadura, León... allá quedaron los menos esforzados, los acomodaticios y conformes con lo que tenían. Muchos de los válidos estaban combatiendo en Italia y Francia. A este lado del mar vinieron los más inquietos; movíales un sobrante de energía que demandaba empleo, y los espoleaba la ambición de conquistar tierras, poder y riquezas.

El segundo paso se dio cuando, como ocurrió en la Isla del Gallo, Pizarro trazó con su impaciente espada una línea de oriente a poniente, y señalando al norte dijo a sus soldados: "Hacia allá están Panamá, la seguridad, la mesa puesta

y la vida regalona. Hacia el sur están las privaciones, la fatiga, las marchas prolongadas, la incertidumbre del oro, la certeza de los peligros; pero también están las hazañas, la conquista de un nuevo Imperio y la gloria de España. ¡Escoged!” Y un grupo de hombres que tenían el corazón bien puesto, brincaron la línea, y en vez de optar por el descanso aceptaron la perspectiva de una larga y azarosa campaña.

El tercer paso del proceso de selección en la Nueva España, ocurrió cuando se destacaron quienes habían de poblar las tierras estériles del norte, en busca de minerales ricos, en vez de conformarse con lo ya realizado. Quienes llegaron a Monterrey con el propósito de establecerse y de hacer del caserío que plantaron al pie de la Sierra, un centro de explotación minera, tuvieron que enfrentarse a circunstancias adversas.

En esta tierra del Nuevo Reino de León, no encontraron sino asprezas y un clima inhospitalario. Tres meses de hielo y nueve de fuego; tierras estériles, cerros imponentes que recortan sus perfiles sobre el azul del cielo; vida de campamento siempre vigilante; indios indómitos en perpetuo acecho; frecuentes combates, ningún descanso, alimento escaso, raros festines en que un poco de maíz cocido y algún ave montaraz, eran saboreados cual si fuesen los más exquisitos platillos de un banquete palaciego.

En este ambiente, es claro que la población española tuvo que diezmarse. Enfermáronse muchos, languidecieron otros, murieron los menos fuertes, y sólo quedaron en pie, aquellos cuyas virtudes biológicas les permitieron sobrevivir. Así se dio el cuarto paso en el ya referido proceso de selección. Como los escandinavos de Islandia, los japoneses de las Islas Hawai, los escoceses de las Islas Falkland y los alemanes del Brasil Meridional, los españoles que integraron el grupo colonizador, lograron formar linajes de gentes esforzadas, cuyas cualidades aún se advierten en la actualidad.

Las tierras de Nuevo León no ofrecen, por lo general, la

visión de la "suave patria" de superficie de maíz, sino la terrosa epidermis semidesértica, donde sólo reina la garra del cacto, hincada en la entraña ingrata, con una terca voluntad de vivir. De trecho en trecho, un oasis de follaje turba la monotonía de la planicie y, traspuestos la arboleda y el caserío amparado, surge de nuevo la estepa donde florecen en corolas de un rojo de llama, de un amarillo áureo, o de un rosa desleído, las pencas pulposas y erizadas de nuestros nopales. A sus pies, se tienden otros cactus que se adornan con motillas de un violeta episcopal, y a su lado, yérguense las palmas bravías de enhiesto tronco grisáceo y rehiletos de verdes, rígidas y agudas hojas que remedan panoplias de espadines. El desolado paisaje digno de haber sido cantado por Othón, se anima cuando florecen estas palmas; por su tronco asciende la savia hasta brotar en flores albas, en una cascada de campanitas de plata. El milagro floral es fugaz. La lumbre del sol agosta pronto las corolas, y el paraje recobra su fisonomía adusta y desamparada.

Tras de la rápida y codiciosa expedición que hizo Cabeza de Vaca por estos contornos; después del efímero establecimiento de Carvajal y sus secuaces en el sitio en que hoy se levanta Monterrey, vino la definitiva repuebla del lugar, la cual fue encabezada por Diego de Montemayor. Esto tuvo verificativo allá por el año de 1596. Así pues, una pequeña avanzada de blancos se aventuró entonces por estas latitudes sin más amparo que su valor. Desconectados del grueso de los soldados y pobladores establecidos en la capital de la Nueva España, a muchas leguas de los centros surianos, lejos aún de todo núcleo de indios civilizados, el grupo se estableció al pie de las maternas serranías. Cabe los "Ojos de agua de Santa Lucía" sembróse la semilla urbana que había de convertirse en el brote actual. Unas cuantas moreras, otros tantos nogales y aguacateros, y una vegetación de lampazos que prosperaban merced a la humedad del subsuelo, cubrían el área primitiva del poblado. Con ramas entretejidas y cubiertas de lodo se construyeron las primeras viviendas de los colonos. Hacia el poniente, se yergue el frontón desnudo y pétreo de las Mitras;

hacia el lado del alba, el Cerro de la Silla, partido por certero tajo como la peña de Roncesvalles; hacia el sur, la imponente barrera de la Sierra Madre... y sólo por el viento opuesto podían extender su vista en la planicie.

Este grupo humano, durante décadas y aún siglos, vivió en guardia rodeado de bárbaros que estaban siempre en pie de guerra: eran los indomables chichimecas, cazadores nómadas y belicosos trepados en las montañas, acechando a los osos y a los venados. Tenían el pie seguro para andar entre riscos y el ojo avisador como el de las aves rapaces. Acostumbrados secularmente a la rudeza de la intemperie, en grandes haces o en pequeñas bandas, solían descender al llano y atacar a la naciente colonia. Se vivía por lo tanto, en vigilancia sin desmayo. Y esta ocupación absorbente, mal podía compaginarse con el cultivo de la tierra, tan necesario para la mejor subsistencia. El poblado arrastró por largo tiempo la existencia angustiosa de los campamentos sitiados, con más zozobras que pan.

A tres tiros de arcabuz del caserío vivía por aquel entonces el franciscano fray Ciprián de Acevedo. Él solo cultivaba su parcela y la espiritual heredad de aquellas almas esforzadas. Su campo le bastaba para proveer a su frugalidad, y todavía producía maíz para el regalo de unos cuantos menesterosos que a él se arrimaban. Entre ellos, figuraba el mismo Gobernador Solís. Acostumbraba, éste, mandar cada domingo a casa del fraile a pedir una ración de maíz tostado. Mas en el camino de regreso, la pícara hambre del muchacho iba enflaqueciendo el morral hasta entregarlo bien mermado a quien lo recibía, como si fuera la mejor golosina del mundo. ¡Página parece, la de esta narración de cronista, como arrancada de alguna novela de aquella época de Lazarillos y Guzmanes!

Ya no deslumbraba a estos aventureros el miraje de Quivira y de Cibola, ni la abundancia de ningún Eldorado. En vez de oro la fatiga diaria por el sustento, la perenne guardia, la batida del indio, la lucha contra la inundación o la sequía, y en torno de ellos, en centenares de leguas a la redonda, el

reino del chichimeca, cazador de blancos. Terminada la faena del día, cuando veían apagarse los fuegos del sol en las cumbres de las Mitras, la magra hueste se retiraba a sus viviendas, consumían frugal merienda de lampazos y esquites; daban ánimo a las mujeres, acariciaban a los hijos, limpiaban las armas. . . y hostigados por los insectos, echábanse sobre el rudo jergón con ánimo de reparar sus fuerzas. Y luego comenzaba la noche, que cuando no clara bajo el plenilunio, envolvía en tinieblas y en rumores que se adivinaban hostiles. La inquebrantable decisión de este grupo varonil, le retuvo asido al inclemente suelo. Fue debido a su perseverancia y a su laboriosidad, que convirtieron al primitivo y miserable poblado, en un emporio floreciente.

TERMINADA UNA CONSTRUCCIÓN, abierto ante amplia nave el majestuoso pórtico; coronada la nave por bien proporcionado entablamiento, y echadas al aire las esbeltas torres, todos nos hacemos lenguas para alabar el genio creador del arquitecto que hizo el trazo, y nadie menciona el oscuro albañil que puso los cimientos y elevó los muros, ni al cantero que debastó y pulió los sillares del edificio. No hemos de incurrir en ingratitud semejante al hablar ahora sobre algunos de los hombres a quienes Monterrey debe su auge, y por eso vamos a ocuparnos de algunos de los que contribuyeron al adelanto de la ciudad en los primeros tiempos de su historia: comerciantes, pequeños industriales, fleteros. . . Estos últimos merecen ser tenidos en cuenta para integrar la expresión de la prosperidad regiomontana; sus trenes de carros fueron los precursores de los ferrocarriles y los auto-camiones de las carreteras modernas.

Hacia los setentas y ochentas del siglo pasado, Monterrey era sólo una pequeña población, distante aún de merecer el nombre de ciudad, de que gozara por regio bautismo y confirmación republicana. Sus únicas vías de comunicación eran los caminos y los atajos que unían defectuosamente a los poblados neoloneses. En 1882 se establecieron los primeros campeonatos ferrocarrileros en las inmediaciones de la ciudad, y en ese año mismo, quedó comunicada con Laredo por vía

férrea y con perspectiva de ser unida a la Capital de la República, pues activamente se siguieron los trabajos de trazo, terracerías y tendido de rieles hasta Saltillo, San Luis, Querétaro y México. En 1887 se obtuvo una concesión para construir el ferrocarril del Golfo, y cuatro años después, corrieron los primeros trenes entre Monterrey y Tampico.

Pero antes de estas adquisiciones y desde que la creciente importancia de la capital de Nuevo León obligó a sus mercaderes a entrar en relaciones con los de otras plazas más o menos lejanas, sólo se contaba con los fleteros para la comunicación comercial. Eran estos fleteros, gentes de pelo en pecho, amigos de la libertad y de los caminos abiertos; pero respetuosos de los caudales que se les confiaban para conducirlos de un lugar a otro, a través de campos inseguros y de pueblos que eran madrigueras de ladrones. En medio de maleantes para quienes no había más deber que el que se les imponía por la fuerza. Los fleteros representaban, en cierta medida, el respeto a lo ajeno, la cultura de un grupo que ya sentía la necesidad de una convivencia bien orientada.

José Ortiz, Agustín Catareche y Daniel Sada, eran tres de estos conductores de mercancía y plata, hombres capaces de dejarse matar por defender lo que se les daba a custodiar; honrados a carta cabal, y siempre dispuestos a afrontar peligros. Los tres eran dueños de carros, vehículos grandes y fuertes que llevaban hasta treinta o treinta y cinco cargas de doce arrobas; generalmente los referidos carros iban tirados por doce mulas. Se cubría la mercancía con lonas gruesas y compactas, las cuales iban fijas a la caja del carro por medio de reatas que se pasaban por ojales y se anudaban a unas argollas de que iba dotada cada unidad. El dinero se llevaba en el "doble fondo" ora en talegas, ora en cajas de madera, de tapa atornillada. La mayor parte de los "conductos" iban destinados a Matamoros, de donde se distribuían a otras partes del país.

Cada fletero principal era dueño de seis u ocho carros y de uno o dos coches rápidos de que se echaba mano en movimientos de emergencia. Estos, y las mulas de relevo que sin carga alguna caminaban adelante de los carros, formaban el

avío del fletero. Total humano: un mayordomo, seis u ocho carreros, los dos multeros, uno o dos cocheros y otros tantos sotas.

Se caminaba desde el alba hasta el oscurecer; a veces sin detenerse siquiera para desayunar o almorzar, pues llevaban bien abastecidos sus morrales. Por el llano abierto, por desfiladeros, por cuevas empinadas o peligrosas pendientes, iban camino adelante. Trasponían lomas, dejaban atrás ranchos y villorrios; con el ojo avisor, con la mano pronta, con el ánimo resuelto, de jornada en jornada, caminando siempre bajo el tórrido sol o el lagrimeo interminable de las nubes pardas. Caminatas había que, cuando el tiempo era malo, se prolongaban hasta parecer interminables. Solían hacerse quince días entre Monterrey y Matamoros en la estación de lluvias, cuando en las secas apenas si tomaba seis jornadas el recorrido de esta ruta. Llegaban estos fleteros en muchas ocasiones, no sólo hasta San Luis o Querétaro, sino hasta México; y veces hubo en que aceptaron carga para ir de la Capital a Oaxaca. Esto siempre y cuando les aseguraban que había flete de regreso, pues venir de vacío en el camino de vuelta, no entraba en sus cálculos.

A los fleteros a que venimos refiriéndonos, se debió en buena parte que Monterrey empezara a convertirse en un mercado considerable. Todos ellos tenían a orgullo merecer por sus actos la confianza de la gente. Su sentido de responsabilidad, la pericia, y su denuedo, hicieron posible que las operaciones del primitivo comercio regiomontano ampliara su radio de acción hasta puntos lejanos de la República. Ellos fueron los primeros aliados de los negociantes en una época en que no había bancos ni letras de cambio entre plaza y plaza; fueron, en una palabra junto con los tenderos y los industriales primitivos de aquellos tiempos, los cimentadores del progreso regional.

A PRINCIPIOS DEL SIGLO PASADO, Monterrey apenas si se extendía en sesenta manzanas entre el Río Santa Catarina, por los vientos sur y oriente, la antigua calle de la Alameda, por el norte y la de Rayón hacia el Poniente. Ya por los setentas,

el número de manzanas pasaba de cien y entre ellas se abrían las calles, como otros tantos canalillos por donde circulaban sosegadamente los pacíficos vecinos. En el centro de la población se agrupaba el comercio mayor; dos o tres abarrotes regularmente surtidos, alguna ferretería manejada por alemanes, una farmacia con grandes y refulgentes globos cristalinos llenos de agua verde o roja; tres o más cajones de ropa, calzado, sombreros. . . panaderías cuyo "santo olor" provocaba a los transeúntes vespertinos; carnicerías de bandera roja y mostradores forrados de lámina donde se veían clavados y escarncidos algunos pesos y tostones falsos. . . Hacia las orillas, casas humildes y pavimento de tierra apisonada, paredes desconchadas, negra cocina y corral poblado de píos y cacareos. . . En las esquinas abrían sus puertas los tendajos de los "prusianos", en los que se vendían cartuchos de arroz, cuartillas de frijol, tlacos de sal, medidas de maíz, medios de manteca, petróleo, ocote, tomates, verduras. . . y ollas, escobas y plumeros. Eran minúsculas tiendas generales que solían tener en sus desvencijadas armazones, algunas botellas de mezcal, de carlón doble, de anisete y de rompopo, amén de latas de salmón y de sardinas para los días de vigilia, en los cuales alternaban con las lentejas y el caldo de habas. A estos tendajos se iba para comprar todo cuanto se necesitaba: cerillos y velas de cebo; papel marquilla, plumas y obleas para pegar los sobres. . . allí se mercaban en fin, charamuscas de piloncillo y de azúcar, bolas de caramelo un tanto "mosqueadas", biznagas de a centavo, y algunos años después, chicles envueltos en papel de china de diversos colores.

No eran menos de cincuenta los tendajos que existían en el Monterrey de hace sesenta años. Todos, o casi todos eran tributarios de los almacenes del centro, entre los cuales descollaba el de Don José Calderón. Los tendajeros a quienes se llamaba "prusianos", eran algo así como vasallos de los mayoristas, quienes a cambio de su preferencia, les otorgaban sus consejos, y lo que tenían por más importante, un crédito que variaba entre veinte y cien pesos. Los abarroteros, a su vez, compraban al por mayor en los centros de producción y distribución. Traían maíz de Jalisco y Guanajuato, frijol de

Michoacán, arroz de Tepic, sal de Colima, café de Veracruz, cacao de Tabasco, trigo de Coahuila, y objetos manufacturados de México y de los puertos por donde entraban al país, los que procedían de Europa.

Ocasión para comerciar en grande, la proporcionaban las ferias, especialmente la de San Juan de los Lagos, a la que anualmente iban los mayoristas del comercio regiomontano; lo mismo que a las de Aguascalientes, Encarnación de Díaz y Valle de Santiago. Después regresaban a la ciudad con sus carros colmados de semillas y quesos, percales y mantas blanqueadas, sarapes y colchas, alfarería y loza vidriada, así como ferretería y mercería. Llegados a Monterrey, comenzaban a mostrar sus mercancías a los "prusianos" y demás abarroteros, a ponderar la calidad de sus compras y a repartir entre sus varias docenas de marchantes lo traído del sur, hasta agotar sus existencias y cosechar una bonita utilidad. El radio de acción de algunos de estos comerciantes, alcanzaba a Chihuahua por el poniente, a Matamoros por el oriente, y a México por el sur. El personal de estos expendios abarroteros se componía además del patrón, de una media docena de empleados de mostrador, de bodega y de cobranzas, además de los mozos y cargadores. Amo, socios y dependientes, acostumbraban vivir en gran intimidad familiar, y seguían la vieja costumbre de las negociaciones españolas que daban de comer a sus empleados en una bien abastecida mesa común, y obsequiaban a cada uno de sus servidores con la tradicional peseta dominical que se empleaba en boletos para los toros, o el circo; o en nieve y refrescos cuando apretaba el calor.

Una de las primeras pequeñas industrias que se fundaron en la ciudad, fue una fabriquitita de hielo. La pedía el tórrido calor que se siente en esta región durante las tres cuartas partes del año. La tal fábrica fue instalada cerca del lecho del Río Santa Catarina por Don Lorenzo González Treviño. De sus manos pasó a las de Don José Calderón, quien en compañía de un alemán, estableció una minúscula industria cervecera. Envasaban el espumoso líquido en barrilillos de

30 × 10 centímetros, y en botellas cuyos tapones ataban con cordeles. No prosperó el negocio, y Don José, siempre realista, tuvo que abandonarlo para prestar toda su atención a lo que producía utilidades; pero este intento fallido, fue el precursor de una grande y próspera empresa cuya escritura constitutiva se firmó en la misma Casa Calderón en 1890.

Otro precursor de la Industria regiomontana fue don Pedro P. Quintanilla, quien desde su más temprana juventud se dedicó en cuerpo y alma al negocio de la seda, al comercio de la cera y a diferentes fabricaciones que, si no le hicieron rico, le proporcionaron por lo menos los medios para mantener y educar a su no escasa prole. Su primera empresa fue la formación de dos huertos de moreras, en los cuales estableció la primer cría de gusanos de seda que hubo en Nuevo León. Don Pedro metía los capullos en agua hirviente para matar las larvas y evitar que éstos se rompiesen; luego los secaba, los devanaba, hacía las madejas, las teñía con tintas que él mismo fabricaba, y tras de empacarlas, enviábalas a México donde tenían mucha demanda entre el comercio francés.

El señor Quintanilla era también agricultor y elaborador de panes de cera, velas y cirios, así como de cerillos y pabilos encerados. A esta actividad industrial unió otras tres, la de la fabricación de aceite de higuera, valiéndose para ello de una gran prensa hidráulica que tenía un émbolo de catorce pulgadas de diámetro, y las industrias de la pólvora, la maicena y el almidón para la que fue contratado hacia el año de 1888 por la Casa de Valentín Rivero Sucesores. Durante trece años Quintanilla tuvo la dirección técnica de esta factoría conocida bajo el nombre de Molino de Hércules. Los últimos años de su vida, los dedicó a la industria bonetera; abrió los talleres en su propia casa, y con singular energía se dedicó a la producción. Tenía entonces sesenta y cinco años de edad.

Otro de los iniciadores del progreso de Monterrey, fue el Coronel Robertson, norteamericano de origen y regiomontano de corazón, a quien se debe en gran parte, el cultivo de los na-

ranjales en Nuevo León; el trazo y la construcción del ferrocarril del Golfo, la fundación del primer periódico diario de la ciudad, y la fabricación de ladrillo de construcción en grande escala.

Pionero también de la gran industria de Monterrey, fue Don Pablo González Garza, fundador de más de un centenar de molinos de nixtamal que se extendieron después por toda la superficie de la República, pero que en Monterrey tuvieron su centro y su motor. La riqueza que obtuvo y su importancia en la industria nacional del nixtamal, le granjearon el título de "Rey de los Molinos". Don Pablo solía repetir a menudo estas palabras: "La mejor caridad que se puede dar a una persona es enseñarla a trabajar."

UN HORIZONTE DE CHIMENEAS dibuja el contorno de la urbe reinera... grupos y más grupos de cilindros blancos, grises, rojos... de troncos de perfecta verticalidad que se coronan con follajes de humo. Cielo cubierto por cúmulos albos o negros o por los resplandores que suelen ensangrentar el cielo. Largos trenes que traen metales para las fundiciones, carbón para alimentar los hornos, carro-tanques de gasolina, sosa para las compañías vidrieras, cebada y lúpulo para la elaboración de la cerveza; cal, para la del cemento; maderas de construcción y otras para las ebanisterías... ir y venir, incesante trajinar de los 165,000 obreros de estas fábricas; talleres resonantes, máquinas que cantan su férrea canción, plantas de energía eléctrica, bodegas colmadas y locomotoras con sus séquitos de furgones que, paralelamente a las rutas camioneras, salen hacia todos los vientos... ésta es la actual ciudad de Monterrey, centro de productores, de transformación de materias primas en una gran variedad de artefactos que luego se derraman por toda la superficie nacional, y más allá, por Centro América y el Caribe.

¡Comienzo requieren las cosas! De una almendrilla nace un árbol frondoso. En menos de un siglo, un caserío puede convertirse en populoso centro urbano. Nada de la Monterrey de hace cien años dejaba prever los perfiles del emporio ac-

tual: Buenos hoteles y modernos restaurantes. Famosos planteles educativos, teatros, cines, parques obreros, bibliotecas, estadios y una docena de rascacielos de quince y veinte y veinticinco pisos. . . todo lo constituye la fisonomía de una metrópoli de importancia, lo que está adquiriendo, o lo tiene ya, Monterrey. Más aún es lo que proyecta para el inmediato futuro. Rápido ha sido su crecimiento en las últimas décadas. Hace menos de ochenta años que la ciudad apenas si tenía cuarenta mil habitantes. Su población actual ya excede el medio millón.

Su área se ha decuplicado de entonces a acá. A principios de este siglo, sus límites eran: El Santa Catarina por el sur y el oriente; la Plaza de la Purísima por el poniente y la calle de Aramberri por el Norte. Hoy en día, la ciudad se extiende hasta al pie de la Sierra Madre, con sus barrios residenciales, y, por el norte, cubre varios kilómetros cuadrados con sus distritos fabriles.

Iniciaron su progreso, los precursores a que nos hemos referido en este artículo; lo afirmó mediante leyes favorables al desarrollo industrial, el preclaro gobernante, general Bernardo Reyes; y han llevado a la ciudad a la prosperidad de que disfruta, el esfuerzo conjunto y casi siempre armónico, de los capitanes de industria y sus colaboradores, los obreros regiomontanos.